

## VIAJE AÉREO DE ALEJANDRO

### Estrofas 2497-2518

Hizo cazar dos grifos, que son aves valientes,  
cebólos bien con carnes saladas y recientes;  
túvolos bien cebados con carnes convenientes,  
hasta que se pusieron gruesos y muy potentes.

Mandó hacer una casa de cuero bien sobado,  
donde cabría un hombre a lo ancho tumbado;  
atóla a los grifos con un fuerte hilado  
que no se rompería por un hombre pesado.

A los grifos tres días los dejó sin comer  
y así ganas tuviesen de se satisfacer.  
Entretanto él se hizo en el cuero meter,  
la cara descubierta para poder bien ver.

En pértiga muy larga puso carne espetada  
en medio de los grifos, pero muy alejada;  
los grifos por cogerla dieron pronto volada,  
intentaban cebarse, mas no les valía nada.

Cuando ellos volaban, el Rey mucho se erguía;  
Alejandro, igual que ellos, siempre lo mismo hacía.  
La pértiga alzaba, a veces la subía,  
así iban los grifos a donde el Rey quería.

Les apremiaba el hambre en ellos atrasada,  
corrían por cebarse, no les valía de nada.  
Volaban sin descanso, cumplían su jornada,  
mientras el Rey yacía oculto en su albergada.

Alzábales la carne cuando quería subir,  
la bajaba si el vuelo quería corregir,  
donde veían carne, allí habían de ir.  
No les acuso: el hambre es mala de sufrir.

Tanto pudo el Rey las nubes alcanzar,  
que vio montes y valles debajo de él estar.  
Pudo ver muchos ríos entrar hasta la mar;  
mas cómo eran o no no lo pudo apreciar.

Veía en cuáles puertos son angostos los mares,  
y vio grandes peligros en aquellos lugares;  
veía las galeras chocar en peñascales,  
otras, entrar en puerto, preparar sus yantares.

Toda África vio, lo bien hecha que estaba,  
y por dónde sería más posible su entrada.  
Vio después do podría ser más fácil forzada:  
tenía gran salida y muy extensa entrada.

Cuanto vio Alejandro largo es de contar,  
no podría siquiera todo un día bastar;  
pero en sólo una hora supo él anotar  
más que cuantos abades podrían sospechar.

Lo solemos leer, dícelo la escritura,  
que nuestro mundo tiene del hombre la figura.  
Quien meditar quisiera y pensar esa hechura,  
verá que es justamente ésa su compostura.

Asia es el cuerpo, para mí eso es patente,  
sol y luna los ojos, que nacen en oriente;  
los brazos son la cruz del Rey omnipotente  
que fue muerto en el Asia para salvar la gente.

La pierna que desciende del izquierdo costado  
es el reino de África por ella figurado.  
Allí mandan los moros, un pueblo renegado,  
que creen en Mahoma, profeta venerado.

La diestra pierna es la Europa afamada,  
ésta es católica, de la fe más poblada;  
tienen Pedro y Pablo en ella su morada:  
con la diestra su obispo la tiene santiguada.

La carne es la tierra espesa y pesada,  
el mar es el pellejo que la tiene cercada,  
las venas son los ríos que la hacen templada  
y que por mil meandros resulta atravesada.

Los huesos son las rocas que levantan collados,  
los pelos de su testa son hierbas de los prados.  
Se crían en la tierra muy crueles venados,  
que son para castigo de los nuestros pecados.

Después que fue la Tierra por el Rey bien mirada,  
cuando cumplió a su gusto cuanto él deseaba,  
bajó el cebo a los grifos, guióles de tornada,  
y en un tiempo muy breve volvió con su mesnada.

La ventura del Rey, que lo quería guiar  
antes que este mundo fuese a abandonar,  
todo el poder del mundo le quiso allí ofrendar;  
mas poco pudo en él Alejandro durar.

Tan grande era su fama por el mundo extendida,  
que toda África estaba en gran miedo metida;  
teníase Europa por en falta caída  
porque a su obediencia no estaba sometida.

Se pusieron de acuerdo -y plació al Creador-,  
para aceptar al rey de Grecia por señor;  
a prisa le enviaron al buen emperador

parias y homenajes y signos de temor.

Con las parias mandaron ruegos multiplicados,  
y de cada región presentes señalados;  
los que iban con éstos eran hombres honrados,  
hombres de gran prudencia y de saber cargados.  
[...]